



“Me esperan en Egipto”

Era de noche”, palabras primeras de *¡Oh, hermoso mundo!*, relato que bautiza el más reciente libro de Sergio Galindo¹, inauguración de múltiples viajes realizados, turísticos, superficiales, nunca suficientemente logrados ni felices, frustrados, en cierto modo inolvidablemente vividos, de sueño y pesadilla, a la vez vuelta al origen y golondrina sin verano como las que comparten fijeza estatuaria y conocimiento de rubies con el príncipe feliz de Oscar Wilde y a quien se debe la tentación y el deseo, “porque como ella no llega nunca a realizar el viaje”. Siete relatos integran el recorrido por nuestro hermoso mundo: el que titula al volumen, *Querido Jim, Cena en Dorrius, Carta de un sobrino, Los tres compases, Retrato de Anabella y Me esperan en Egipto*, viajes todos al fondo de la noche, a la sonámbula frontera con la realidad, siempre al frío y con el frío, elemento indispensable de vidamuerte, a los últimos meses del año con esperanzas de otras estaciones (“¿Te acuerdas de aquel invierno en que no nos vimos?”...“El vien-

to era helado”...“Pasado mañana será Navidad”...“Su salida es el 16 de diciembre”...“Congelación de precios. Invierno de austeridad”...“Una Navidad regresó muy noche, medio borracho”...“Este próximo invierno no iba a pasarlo en México; éste año no moriría, como anualmente; como la golondrina de Wilde”. . .) El tránsito es fácil porque “la tierra ya no tiene distancias” y el bienaventurado que la habita, poseído por “el anhelo de sentirse dignificado”, no se fatiga de vivir en el viaje o en su invitación, inevitable obediencia nocturna: “barras negras”, “paredes ennegrecidas”, “las aceras anegadas de soledad” y como aturdida bendición divina los colores que no cesan, tercios, de vivirnos y sobrevivirnos en la patria de aquí abajo: “minutos blancos”, “un blanco lechoso, leche que corre como un río por un largo corredor hasta estancarse en una sala donde muebles y paredes son también blancos”; “amarilla la atmósfera” (pero “alegre”, se nos concede). Tránsito conocedor del deterioro, la vejez, la fealdad, la muerte, el encierro, las ciudades adivinadas más que vistas, dignas de conocimiento y reconocimiento geográficos sólo a través de celdas que pueden ser de hospital o cárcel, prisión de todas formas (*¿De modo que aquí*

¹ Sergio Galindo. *¡Oh, hermoso mundo!* Editorial Joaquín Mortiz, Serie del Volador, México, 1975; 151 págs.

vienen las gentes a seguir viviendo? Más bien hubiera pensando que aquí se muere, recuerda Galindo a Malte-Rilke mirando-viviendo-muriendo frente al Hotel Dieu); bares "de estudiantes, de marineros, de intelectuales"; hoteles que "con la mejor intención del mundo" uno trata de "verlo bonito, pero fue inútil: era feo, sin llegar desde luego a lo sórdido"; habitaciones de hotel "casi al final del pasillo" y con baño en el tercer piso; cuartos mugrosos que preservan fotografías intocadas por el tiempo; agencias inventoras de *tours* literarios capitaneados por bibliotecarios mediocres, buenos hombres porque de otra manera no dirían lo que dicen. Escenarios que nos clasifican como víctimas y verdugos, ángeles solicitadores del infierno que es nuestro hermoso mundo, ciudades que son un asco y casas de fachadas modestas con pasillos interiores no muy limpios. Y el largo día: Adán, padre relacionado con costillas, está permanentemente vivo en París, "no familiarizado con este mundo", que le parece hermoso; Amsterdam, para Esteban que puede o no ser Jim, es Leonor, "que para ti y para Amsterdam me llamaré Leonor", nombre o no nombre de la esposa del Esteban no Esteban cuyos hijos crecen, "son sanos, no tengo problemas con ellos, y mi esposa, Leonor, trabaja conmigo en la editorial" (*Querido Jim*). Amsterdam otra vez: David decide cenar en Dorrius en su última noche en Europa; el hijo del rey que cantó el cantar de los cantares, superviviente que desea "esta pacífica extensión de la tierra donde sin duda alguna él olvidaría los frecuentes cautiverios": Amsterdam, restorán en penumbra, David ignora a Miguel Angel, "entra en escena". Londres es un *pub*, "Los tres compases" y México City el puntual ir y venir del hombre que sabe del encierro de libros, puntual amante sucesivo de madre e hija y desconocedor del oficio de saber y poder amar, flecha y herida en epidermis memoriosa del viaje nunca realizado, por largamente prevista imagen del hermoso mundo, que golondrinas resumen en Egipto, miembro de la "inmensa corrupta familia de alacranes", inútil fatigador de bibliotecas que, con la muerte, recibirá la iluminación de viajes imposibles por ser el elegido —la presa— para celebrar tardíos cumpleaños por el don de la Gracia de conocer puntos cardinales en páginas polvosas. *Me esperan en Egipto*, repite la

golondrina sabia en diamantes y desconocedora de veranos. Egipto, Londres, Amsterdam, París, México City, Anabella y su retrato, sacerdotisa del placer y del tiempo, de la representación escénica, de la existencia única gracias al amor y las palabras. Y Xalapa, ida y vuelta, realidad y deseo, paraíso irremediamente perdido, carta a familiares muertos, edén que facilita embarazos fallidos precisamente por culpa del esplendor del paisaje, del intento de recuperarlo y/o reproducirlo pictóricamente, pecado sin absolución posible producto de "esa fuerza vegetal, pero excesiva", colmada de "los gigantes laureles. . . (que) . . . parecían protegernos y vigilarnos". . . inundado de "una extraña luz platino esmeralda, que se reflejaba con destellos de apariencia marítima, sobre el verde verdín húmedo de las raíces a flor de tierra de los corpulentos troncos", belleza terriblemente maléfica, imposible de reproducir con manos y colores artificiales, implacable provocadora de abortos y por tanto de adioses al, acaso, único lugar de origen y suscitadora de proyectos de nuevos interminables viajes que, por el momento, repiten el *adieu* esperanzado en la posibilidad de que los niños los traen de París.

El hermoso mundo se inicia con la palabra y Adán, hombre primero, actor-no-actor del relato inicial del volumen, trata de "hablar, formar palabras con los labios". "Ellos hablaban, veía sus bocas abrirse y cerrarse, modular las palabras con rapidez, sin tropiezos" (pero el hombre primero no las comprende y no le importan: quiere estar libre). Esteban-Jim asiste, en Amsterdam, a un Congreso Mundial de Escritores y trabaja, nos advierte, en una editorial: con Leonor, no Leonor, escucha "un idioma ininteligible para ambos" y por eso eran felices; mas también insiste en los méritos de "una historia trivial en apariencia, pero escrita con una técnica complicadísima, o mejor dicho, sorprendente". Y en el mismo relato, Jim, no Jim, recuerda espantosas historias de Canadá y Siberia, "experiencias literarias, no propias". No me esperan en Egipto: el viaje tendrá estos nombres: el Louvre, la Victoria de Samotracia, la Venus, la Mona Lisa, la España de Galdós-Cervantes-Lope-Valle Inclán-García Lorca-Miguel Hernández-Quevedo-Clarín-Unamuno—"bla-bla-bla-" *Este era un gato con los pies de trapo y los ojos al revés. ¿Quieres que te lo*

cuente otra vez? Palabras que son las primeras y últimas: “El autor quiere obtener una beca para dedicarse a escribir, y yo voy a tratar de ayudarlo”. Ayudar para escribir novelas que traten del tiempo que es palabra, querer rezar ayudado por arreglos florales sobre tumba paternal —“pero ninguna oración acudió a su memoria”. *¿Quieres que te lo cuente otra vez?* Amsterdam-París-Londres-Madrid-Roma-Venecia-Viena-Bruselas-Amsterdam-México, pero el que cree conocer los escenarios del hermoso mundo llamado Dickens, Wilde, Shakespeare, Dostoyevsky, Jorge Luis Borges, Sergio Galindo, podría inventar múltiples *tours* literarios que no le cueste a los guías, “al contrario”: podrán hacerse ricos.

Habitaciones de nuestro hermoso mundo, nombres que no son los verdaderos (¿o sí?) y ciudades falsamente nombradas. Y el espectáculo, la “entrada en escena”, la máscara, la persona: la mujer incapaz de saber de la naturaleza, recuerda, en su

embarazo y a medias a Lupe Vélez en *Resurrección*; a Greta Garbo frotándose la cara con nieve en una escena de *María Cristina*; a la Hepburn, Silvia Sidney, la *Ratita* materna, caricatura de la Gatita Conesa. *Este era un gato*: Anabella-Anabella: madona, madona, Susuki en la *Butterfly* del Metropolitan en 1963, y Carmen de Bizet, de “memoria epidérmica”; el coche que alberga a un transeúnte de rostro angustiado (personaje de Zolá) *¿Quieres que te lo cuente otra vez?* La palabra: “Que en paz descansen. ¡Por favor! ¡Dios mío, por favor, que se vaya al cielo! . . . ¡Que nos dejen el infierno, y su sucedáneo, la tierra, limpios! No pedimos mucho, señor, sé caritativo con nosotros los no-pecadores”. Lectores y habitantes de este hermoso mundo: dudemos de nuestra existencia, renunciemos a las bondades del cielo, recordemos que moriremos vivos.

□ Juan Vicente Melo.

Los privilegios del logos: “Fantomas contra los Vampiros Multinacionales” de Julio Cortázar

“... los nombres, en la medida en que se sitúan en las cosas, deben ser considerados como absolutos.”

Jean Piaget

La escritura, en la actualidad, constituye la posibilidad dual y antagónica de ejercer un privilegio. Por un lado, la práctica social del trabajo ha demostrado que el arte, en cuanto a sus funciones de producción y consumo, también forma parte del proceso económico controlado por la burguesía y del “Gran Engaño que los expertos del sistema nos han puesto por delante como una cortina de humo, igualito que en su tiempo la Alianza

para el Progreso, o la OEA, o la reforma en vez de la revolución, o los bancos de fomento y desarrollo, no sé si hay uno o dieciocho, y las fundaciones dadoras de becas, y . . .”¹ Por otro, y en cuanto a la interpretación que hace el fenómeno estético de esa política económica y cuya vigencia condiciona el estado real de los hombres, pareciera que el sentido y la función de la obra remiten más a la ausencia de un arte y literatura transformadores que a la necesidad artificiosa y encubierta de construir una ética de la escritura. Pero a pesar de los esfuerzos de conciliación entre una preocupación poética revolucionaria y los contenidos sociales contemporáneos, el privilegio de escribir transcurre desde la

1 Julio Cortázar. *Fantomas contra los Vampiros Multinacionales*. Ed. Excélsior, México 1975, p. 41.